



LA TRAVESÍA DE FONSI

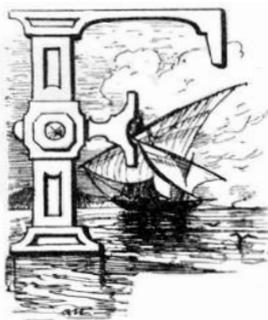
Francisco José CORTÉS URÍA



(Reserva)

A la dotación del Galicia y legionarios embarcados.

Partida



ONSI tenía una mirada extraña: de ordinario huidiza, se tornaba imperturbable cuando encaraba a su interlocutor; daba la impresión de prestar poca atención a lo que le decían, cuando no la sensación de un desdén manifiesto. Esta actitud descortés evidenciaba una cierta dificultad de relación con las personas, pero todos lo percibían como algo natural, en consonancia con su aspecto rudo, de manera que nadie se lo reprochaba.

Nacido en un pueblecito de Almería, se incorporó joven a las Fuerzas Armadas y de forma inopinada, sin habérselo propuesto ni meditado seriamente.

Entró a formar parte de la brigada legionaria y, a pesar de lo poco apropiado

para la milicia de los rasgos de su personalidad, cumplía fielmente con sus obligaciones profesionales.

Siendo del interior, poco sabía de la mar, por lo que experimentó un fuerte impacto cuando, llegado al muelle, descubrió la mole grisácea del *Galicia*. Transcurría el mes de octubre de 2006 y la prensa local de Almería del día 21 informaba: «Dos buques de la Armada, el *Galicia* y el *Pizarro*, hacen escala en nuestro puerto para transportar material del Ejército de Tierra con destino a Beirut».

En efecto, unidades de este ejército iban a relevar a la Agrupación de Infantería de Marina que había iniciado la misión en tierra en septiembre, tras un desembarco administrativo en las playas de Beirut. La mayor parte de los componentes del relevo viajaba en avión y solo unos pocos lo hacían a bordo a cargo del material pesado. Entre ellos, *Fonsi*.

Terminada la carga, con garajes a tope y parte de la cubierta de vuelo ocupada, el segundo comandante se presentó en la cámara del comandante.

— Adelante, segundo. Pasa y siéntate.

— Comandante, finalizado el embarque de material sin novedad. El contra-maestre está terminando de trincar toda la carga a son de mar.

— Muchas gracias, segundo. La verdad es que ha ido todo muy rápido, combinando el embarque por la puerta lateral con la grúa. ¿Cuánta gente de Tierra embarca por fin?

— Veintitrés con el coronel.

— Muy bien. Mantenemos la hora de salida prevista.

— Enterado.

Era el fin de la conversación, pero ambos permanecían en sus sillas.

— ¿Alguna otra cosa, segundo?

— Sí, comandante, hay un asunto que te quiero comentar. No es cosa de entidad, más bien algo anecdótico, pero prefiero que lo sepas. Se trata de... humm... bueno, de una cabra que pretenden llevar a Beirut.

— Hombre, si son legionarios, parece natural que viajen con su mascota.

— Sí, pero es un poco irregular, porque no consta oficialmente en las relaciones de embarque. He dejado en el muelle el remolque en el que la traen hasta hablar contigo.

— ¿Y embarca gente al cuidado de la cabra?

— Sí, comandante, hay dos legionarios que unen a sus obligaciones normales la de responsables de la cabra.

— Bueno, pues entonces obviaremos los defectos administrativos por mor de los usos y costumbres legionarios.

— A tus órdenes, mi comandante.



Buques en tránsito. (Foto: Armada).

El segundo subió al puente para supervisar los últimos preparativos del ya próximo babor y estribor de guardia. Tras intercambiar unas palabras con el oficial de derrota, salió al alerón de estribor justo a tiempo para contemplar el izado del remolque a la cubierta de vuelo. En su función de control del complejo régimen interior de un buque anfibio, articulando actividades y necesidades de estado mayor, infantería de marina, unidad aérea embarcada, grupo naval de playa, buceadores y otros elementos orgánicos, había tenido que dar solución a situaciones complicadas y, también, a otras de lo más pintorescas, pero nunca se había imaginado que llegara a tener que preocuparse por la vida y milagros de un cuadrúpedo.

Galicia y *Pizarro* salieron de Almería unas dos horas antes del ocaso y a poco se incorporaron el *Patiño* y la *Juan de Borbón* procedentes de Rota, haciendo la formación en demanda del estrecho de Sicilia.

Tránsito

Esa noche el almirante de la Agrupación Naval, que arbolaba su insignia en el *Galicia*, invitó a cenar en su cámara al comandante y al coronel legionario. Tuvieron una conversación muy entretenida e ilustrativa para los marinos sobre el establecimiento del futuro cuartel general de las Fuerzas de Tierra en el Líbano. También hablaron sobre aspectos técnicos de la carga y, de esta

VIVIDO Y CONTADO

manera, llegó a su conocimiento que la mascota que llevaban no era una cabra, sino un carnero, lo que, por lo visto, es bastante habitual. Además, supieron que en ocasiones se daba nombre a la mascota siguiendo el del jefe de la unidad, como era el caso de la que llevaban a bordo.

Aunque con el ajetreo de la carga y la preparación del barco para la salida a la mar la llegada de *Fonsi* había pasado desapercibida para la mayor parte de la dotación, pronto se difundió la noticia durante la cena y las guardias de noche, de manera que al día siguiente fueron muchos los que buscaron un hueco para pasarse por la cubierta de vuelo y verle descansando plácidamente en su cubil. Pero, satisfecha esta curiosidad inicial, la presencia del carnero se convirtió pronto en algo normal en la vida del barco.

La navegación transcurría con la tranquilidad propia de un tránsito con buen tiempo, y *Fonsi* se adaptó sin dificultad al medio marino. Se le permitía saltar a cubierta y estirar sus extremidades dos o tres veces al día. Al principio atado corto, pero enseguida con más libertad, visto que respetaba candeleros y pasamanos tanto o más que la cerca de su aprisco habitual. Cotidianamente, compartía espacio con los que hacían deporte o se relajaban en cubierta en sus períodos de descanso.



En su alojamiento. (Fuente: LPD Galicia).



De paseo. (Fuente: LPD Galicia).

Sucedía, porque no se puede contravenir el orden natural, que en todos esos paseos dejaba *Fonsi* caer sobre cubierta unos muy abundantes elementos que, por ampararnos en la seriedad de la seguridad de vuelo, describiremos como FOD (*foreign object debris*). Como tal peligro eran tratados por sus cuidadores, que los retiraban con carácter inmediato y tan eficazmente que era rara la inspección preceptiva de cubierta, previa a operaciones de vuelo, en la que el personal involucrado tuviera que acordarse de *Fonsi* o de alguno de sus ancestros.

A dos singladuras para la entrada en puerto, el segundo mantenía una conversación con el comandante en el puente:

—Comandante, he pensado que podíamos organizar una despedida de los legionarios, que han congeniado muy bien con la dotación. Sería en cubierta de vuelo, un acto sencillo de bautismo de mar, con la entrega del diploma habitual.

—Me parece una idea magnífica, segundo. Se me ocurre que resultaría curioso y distintivo incluir al carnero entre los bautizados.

—No hay problema, lo pondremos con la formación de los legionarios y le haremos un diploma también.

—Desde luego, pero, además, para hacer más patente el carácter marinero del bautismo, sería conveniente que fuera con una uniformidad adecuada, naval, por supuesto.

—Enterado, comandante. Veremos lo que podemos hacer.



En el *backstage*. (Fuente: LPD Galicia).

Lo que pudieron hacer no fue poco, pero requirió planeamiento y esfuerzo. En primer lugar, hubo que vencer las reticencias de los soldados a cambiar las galas terrestres reglamentarias de *Fonsi*, con su gorrillo legionario, por otras navales. Les preocupaba la reacción posterior de su teniente coronel jefe, que viajaba al Líbano en avión y, por tanto, era ajeno al espíritu de confraternización que se respiraba a bordo. El segundo comandante les habló de la tradición naval de especial atención a los neófitos y de su reflejo en ceremonias consolidadas desde mucho tiempo atrás, como la del paso del ecuador. Les comentó cómo el mismo Sancho Panza fue obsequiado con un vuelo de popa a proa por una banda y vuelta por la otra de una galera, sustentado por los brazos de los galeotes, con ocasión de la visita de su señor a las naves fondeadas en la playa de Barcelona. Argumento este último muy bien traído, pues la base en la que iban a instalarse los soldados se denominaría «Miguel de Cervantes». Fuera por esta razón o por otra cualquiera, el caso es que los legionarios, muy generosamente, accedieron a colaborar.

Junto a tres miembros de la dotación, procedieron a vestir a *Fonsi* entre los contenedores de la cubierta de vuelo, improvisado *backstage* para la ocasión, sin el glamur del *Madrid Fashion Week*, pero con parecido nerviosismo y

frenética preparación. Llevó cerca de una hora que el bóvido modelo aceptara la colocación del lepanto y de unos simulacros de marinera y tafetán fruto de la imaginación y recursos del servicio de aprovisionamiento.

Estuvo vestido justo a tiempo para el acto de despedida y se le colocó junto a la formación de los legionarios, dando frente a popa y a la línea de entrega de diplomas, constituida por mandos de la insignia y del buque. Tras unas palabras del comandante, se procedió a nombrar a los legionarios que salieron de formación uno a uno para recibir su diploma. En último lugar se mencionó a *Fonsi* que, inesperadamente, decidió imitar a los que le habían precedido y se dirigió hacia el comandante quien, sorprendido, acertó a dirigirle una frase de admiración, sin saber muy bien qué hacer con el diploma, hasta que uno de los cuidadores se acercó para recogerlo y retornar a la mascota a la formación.

Finalizado el acto, todos los presentes quisieron fotografiarse con el que tan justamente se había ganado el protagonismo en la ceremonia. Tomadas las instantáneas deseadas, llegó el momento de llevar a *Fonsi* entre contenedores de nuevo para restituir con la dignidad debida su atuendo natural, mucho más apropiado y práctico para su último paseo del día en el ya cercano crepúsculo vespertino.



Foto de familia. (Fuente: LPD Galicia).

Llegada

A primera hora de la mañana, *Galicia* y *Pizarro* entraron en Beirut, protegidos hasta dentro de puntas por la *Juan de Borbón*, mientras el *Patiño* se mantenía alejado de la costa. Las horas y días siguientes fueron intensos: descarga del material de la Legión, salida a la mar por razones de seguridad, nueva entrada para reembarcar a la Agrupación de Infantería de Marina y salida final de regreso a territorio nacional.

Con esta agitación, como sucediera en Almería días atrás, fueron pocos en el barco los que advirtieron el desembarco de *Fonsi* y su marcha hacia el sur en la columna de vehículos del Ejército de Tierra, reforzada con tripulaciones que se incorporaron a la llegada a puerto. Cabe suponer que nuestro personaje estaba encantado de tener sus patas sobre tierra firme otra vez; y lo hubiera estado mucho más de conocer que la traducción del nombre de su lugar de destino, el distrito de Marjayún, no podía ser más sugerente para un rumiante: «prado de primaveras».

Epílogo

A bordo, ya en demanda de Rota y con la costa libanesa desdibujándose por la popa, el segundo comandante reparó en la ausencia de *Fonsi*. Con cierta tristeza recordó lo que le habían comentado los legionarios en el sentido de que, probablemente, no volvería a su Almería de origen por razones logístico-sanitarias.

Bueno —pensó para su consuelo—, en adelante *Fonsi* pacería en tierras de resonancias bíblicas, las mismas de sus congéneres más universalmente conocidos, como los del rebaño de David o el carnero enredado en una zarza que sacrificó Abraham.

En fin —concluyó—, no era un mal sitio para que un *ovis aries* pasara el resto de sus días y, además, este en particular quedaba bautizado.

